Carolyn Richmond

Juan Ruiz *al descubierto:* *Un inédito de Leopoldo Alas*

¡ALBRICIAS! Sabíamos que existía; que el manuscrito, único, se guardaba celosamente en el seno de la familia de Adolfo Posada; y esperábamos, con paciente curiosidad, el día en que por fin se publicara.

Hay que dar las gracias a Sofía Martín-Gamero, nieta de don Adolfo, por la transcripción —nada fácil, dada la letra del autor— y publicación, con introducción y notas, en Selecciones Austral de Espasa-Calpe (1985), del *"Juan Ruiz" (Periódico humorístico)* de Leopoldo Alas. Siendo, como es, una obra en su mayor parte inédita (sólo habían aparecido antes en letra impresa unos cuantos fragmentos) de uno de los grandes escritores de lengua española, sorprende que su recién aparición haya pasado casi inadvertida en la prensa del día (1). Por tratarse de una creación juvenil —redactada entre el 8 de marzo de 1868 y el 14 de enero de 1869, cuando contaba Alas sólo dieciséis y diecisiete años—, no alcanza, ni de lejos, el nivel artístico e intelectual que su autor alcanzaría una década después. La calidad de esta obra de aprendizaje es tan desigual como desigual es el interés de su contenido: es, como dije, una creación juvenil, de un adolescente que ensayaba con ella una variedad de recursos técnicos y la empleaba para expresarse acerca de temas que oscilan entre lo más general y lo más recóndito; *creación* es, sin embargo, pues el joven Leopoldo poseía pluma, cabeza e ingenio.

Juan Ruiz constituye un experimento audaz que demuestra no sólo el precoz talento sino también la autosuficiencia de su autor, quien lo escribió, según parece, ante todo para su propio deleite. Está lleno, pues, de claves —muchas de las cuales jamás se descifrarán— que guardan sigilosamente aquella misma secreta intimidad que se siente latir tras de tantas futuras narraciones clarinianas, pero que sólo se dejará entrever en las cartas de Alas, sobre todo en las que escribiría, unos ocho años después, a su amigo José Quevedo. Repetidas veces y en vano había pedido a éste que las destruyera, mientras que en cambio, según informa Sofía Martín-Gamero, parece haber mandado encuadernar cuidadosamente, en dos tomos, el manuscrito de *Juan Ruiz*, que conservó durante toda su vida (fue doña Onofre, viuda de Alas, quien se lo entregó a Posada poco después de la muerte de su marido). ¿Por qué? Aparte del orgullo juvenil que sentiría por el volumen —constituye, en realidad, su primer *libro*—, así como por la muestra de su propia precocidad, quizá se diera cuenta más tarde de lo mucho que en él anticipa su obra madura. Bastante de esto he *descubierto* yo en *Juan Ruiz*, y es desde este punto de vista cómo quisiera comentarlo aquí.

(1) Fue ésta —debo decirlo— una conclusión precipitada por parte mía, pues poco después de terminar la redacción de este estudio aparecieron, por fin, dos reseñas del *Juan Ruiz*, fechadas una y otra el domingo, 25 de agosto de 1985: "'Juan Ruiz': La joven aventura periodística de 'Clarín' por Francisco López (*Faro de Vigo*) y "El ingeniero de la palabra adolescente" por Raquel Asún (*El País*). Es de esperar que pronto saldrán más.

Un mundo cerrado: El núcleo del yo

Sorprende a primera vista la extraordinaria confianza en sí mismo de que rebosa el autor de *Juan Ruiz*. Escrito, según consta al comienzo del libro, para evitar el aburrimiento los sábados por la noche, el manuscrito tiene —nos informa su editora— "muy pocas correcciones, y éstas solamente de palabras sueltas, nunca de líneas o párrafos completos". Es posible que Alas redactara una primera versión de algunos de sus textos —sobre todo los poéticos— para copiarlos luego, pero en el caso de los de prosa lo más probable es que el contenido pasara directamente de su cabeza a la página. Como él mismo es el redactor jefe (Juan Ruiz) del periódico que lleva su propio nombre, además de ser colaborador (tomando el nombre de Mengano o Benjamín), lector, y suscritor-corresponsal (con una variedad de iniciales), no tiene que depender, como pasaría años después en su vida de escritor público, de la reacción de lectores *reales*, con todos los disgustos que ésta podía traerle. Aun si el joven Alas se lo leyera, como sugiere doña Sofía, a "algunos amigos de confianza", el *Juan Ruiz* seguiría siendo una especie de composición secreta (característica, por otra parte, de la adolescencia en general). Podríamos decir que Leopoldo Alas, quien se burla más de una vez de sus malos profesores, está haciendo ahí dos cosas simultáneamente: demostrarse a sí mismo que en efecto sabe escribir, y aprender en el ejercicio a hacerlo mejor.

Desde el comienzo *Juan Ruiz* fue un proyecto ambicioso en grado sumo: se compromete su autor a redactar un nuevo *número* —dieciséis páginas— del *periódico* cada sábado por la noche para su *publicación* el domingo por la mañana, algo que cumplirá regularmente —con la excepción de un lapso entre el 19 de abril y el 14 de junio—, aumentando los números a dos semanales a partir del 29 de octubre. Sirviéndose como modelo de algunas publicaciones satíricas de la época, creó Alas un periódico autónomo —una especie de miniatura que constituye un microcosmo autosuficiente—. Lleva caja *ejemplar* una cabecera con título (más adelante, subtítulo: *Periódico sui géneris*/ mes, /), número, lugar y fecha de publicación, y otras informaciones (dónde suscribirse, cuándo sale, y su "programa"). Suele empezar con un "artículo de entrada" —generalmente en prosa, y siempre firmado—, seguido de otras páginas de poesía o prosa, algunas de las cuales van también firmadas. Al final viene una sección titulada *Cosas de Juan*, que incluye una mezcolanza de comentarios, versos, chistes, charadas, logogrifos, etcétera, sección seguida, casi siempre, de una última y breve sección de *Correspondencia*, firmada por L.A.U., donde éste contesta a *suscritores* que le escriben desde todo el globo terráqueo. Dentro de la unidad que le da a la obra su predominante tono humorístico —hay también piezas serias en ella—, impresiona la abundancia de temas así como de las técnicas que ensaya: la política, la religión, la enseñanza, la literatura, el teatro, la música, la prensa del día, la sociedad, el amor, el matrimonio, *Juan Ruiz* mismo..., presentados en artículos, cuentos, diálogos, escenas teatrales, y una gran variedad de formas métricas que atestiguan el conocimiento que de ellas tenía el joven autor (véase el número 2), quien se inspiraría para sus textos, algunos de los cuales tienen continuaciones, en modelos literarios y periodísticos de la época.

Queda evidente que desde cierto punto de vista este microcosmo creado por Leopoldo Alas constituye un mundo cerrado a los demás, donde el joven literato, escribiendo principalmente para sí solo, va aprendiendo, mientras escribe, el oficio de escritor. Redactado en Asturias, se percibe en *Juan Ruiz* algo del hermetismo provinciano que llegará a caracterizar los escritos del Clarín mayor después de que regrese a Oviedo en 1883 como catedrático para vivir allí. Pero si éste escribiría ya para un amplio y extendido público real, el adolescente aprendiz de los años sesenta y ocho y sesenta y nueve se da por satisfecho con un público imaginario, lector de los también imaginarios escritores de *Juan Ruiz*, reflejo tanto unos como otros del núcleo del yo de Leopoldo Alas. A este aspecto de la obra pertenece todo lo que hay en ella de personal y secreto (referencias a individuos y a experiencias verídicas, chistes personales, etcétera) que, a la manera de un diario en clave, veda la entrada en su recinto a cualquier lector extraño.

Un mundo abierto: La múltiple identidad

Existe en *Juan Ruiz* una combinación de realidad y fantasía que caracteriza, no sólo su contenido —temas de la actualidad o del pasado mezclados con otros de interés privado o creaciones puramente literarias—, sino también a su concepción misma en cuanto a periódico que finge ser real —el aspecto físico, el redactor-jefe y corresponsales, los lectores y suscritores— pero cuya *realidad* es completamente *ficticia*, lo cual abre los límites de ese mundo cerrado, creando así un curioso macrocosmo imaginario. Uno de los elementos que más contribuyen a la extensión de las fronteras de *Juan Ruiz* es la sección de *Correspondencia*, donde L.A.U. contesta a supuestas cartas recibidas de *suscritores*, identificados casi siempre por sendas iniciales y la ciudad o país de su domicilio, tales como París, Roma, Oviedo, Liverpool, Valparaíso, Islandia, Moscow, Canadá, Grecia y Ano [*sic.*]. ¿Corresponden algunas de esas iniciales a personas reales? ¿Constituyen algunas de las *respuestas* de L.A.U. verdaderas contestaciones a críticas que le han hecho (recuérdese la extrema vulnerabilidad del maduro Clarín frente a la opinión ajena)? Lo único que podemos decir con certeza es que, desde un punto de vista artístico, tanto esta sección, con su extensa geografía y sugestión de diálogo con una gran variedad de lectores, como los presuntos *lectores* del periódico a quienes se dirige continuamente Juan Ruiz —dando la impresión de estar dialogando a la vez consigo mismo—, incrementan la complejidad formal del libro.

Para ilustrar esta complejidad, tomemos como ejemplo el interesante caso de Teodoros, emperador de Abisinia —personaje real, como informa una nota al pie de la página 90—, de quien Juan Ruyz (así se escribía al comienzo) reproduce una supuesta carta en la que, llamándole "Juanito", le elogia como "el mejor escritor festivo que existe desde el sol a tus narices" y le manda que vaya a visitarle en sus reinos, "a ver si me quitas el mal humor de que me han puesto los ingleses" (alusión a un hecho histórico). "Te daré una carta de seguridad —añade en una posdata el emperador— para que ninguno de mis vasallos te coma crudo." Comenta, a continuación, Juan Ruyz: "Conque, hasta la primera, que me voy con Teodoros, amados lectores. Si Dios quiere, para Setiembre volveré a las andadas o acaso antes, si es que a Teodoros no le da la gana de almorzarme un día", agregando en la "Correspondencia de Juan Ruyz" (esta vez no firmada por L.A.U.) lo siguiente: "Teodoros (Abisinia). Ahí voy, chico; tenme preparada buena cama y mejor cena. Te advierto que no soy antropófago." Todo esto se encuentra en el número 7, fechado el 19 de abril de 1868, y constituye una explicación previa de la interrupción del periódico. Quizá —como sugiere Sofía Martín-Gamero— Alas contara estar fuera de Oviedo durante esta temporada, o bien —lo que a mí me parece más plausible— pensara dedicar su tiempo a prepararse para los exámenes; pero en vez de decirles a sus *lectores* la verdadera razón, inventa una invitación de Teodoros que va a permitirle, por lo menos en su imaginación, hacer un largo y exótico viaje.

Tampoco *queda fuera del país* todo el verano, como anticipaba, sino que vuelve a *publicar* su periódico el 14 de junio, redactando los números siguientes en Oviedo, Carreño y Gijón. En el primer artículo del número 8 nuestro "rendido" autor explica que Teodoros "se las lió", que se suicidó (otra verdad histórica), y que el "bruto" le había dado un "chasco", por lo cual le había puesto pleito. En efecto, según él, los ingleses "se encargaron de hacerme justicia *civilizando* a los abisinios y yo me volví a España." "—Pero, ¿cómo tardó usted tanto en volver?, le pregunta un supuesto lector-interlocutor. "—¿No les dije a ustedes que anduve en un pleito? Pues con eso está dicho todo", es la respuesta. ¿Cuál fue el supuesto "pleito" que le alejó por casi dos meses de la redacción de su periódico? *Juan Ruiz* está lleno de secretos semejantes, como si a ratos escribiera en cifra. Las circunstancias y fechas, así como el siguiente artículo en el número 8 —titulado "Los exámenes"— sugieren que pudieran haber sido estos, en efecto, la causa de su silencio; pero quién sabe si ese Teodoros no fuera, en su intención íntima, el apodo que aplica a alguno de sus profesores...

También contribuyen a ensanchar el mundo de *Juan Ruiz* las múltiples voces narrativas que adopta en él su autor, quien, además de la sección de *Correspondencia* —firmaba L.A.U.—, se desdobla en tres escritores principales —el redactor-jefe, Juan Ruiz y, a partir del número 17, los otros dos redactores, Mengano y Benjamín—, así como muy de vez en cuando en algún colaborador espontáneo. "¿Pregunta usted que si Mengano, Benjamín y Juan Ruyz son tres nombres distintos y un solo hombre verdadero?" escribe L.A.U. a un suscritor al final del número 18, respondiendo: "Lo que usted quiera." Sólo lo aclara en el último número (50) cuando, al anunciar que Juan Ruiz se retira, elogia primero el contenido de su periódico y concluye luego, modestia aparte: "Esto sin contar con el gracejo y chispa natural de su autor único: porque ya habrán comprendido ustedes que Juan Ruiz, Mengano y Benjamín son tres nombres distintos y un solo joven verdadero y muy listo por más señas." No es mi intención aquí analizar a fondo estas voces, sino ofrecer unas cuantas observaciones acerca del uso que hace su autor de seudónimos, especialmente el que da título al periódico.

El empleo de *noms de plume* fue una convención literaria bastante extendida en el siglo XIX. Basta recordar, en España, al "Fígaro" de Mariano José de Larra, escritor cuya obra conocía Alas muy bien ("Juan Ruyz, señores, con sus ideas y todo, se sabía de memoria los artículos de Larra", se lee al comienzo del primero de dos artículos dedicados a "Fígaro y La Menais" [números 12 y 13]). La prensa española de la época en que escribía Leopoldo Alas está llena de seudónimos, varios de los cuales —como observa doña Sofía— dan también nombre a la publicación. En *Juan Ruiz* parece claro que tanto "Mengano" como "Benjamín" están utilizados para singularizar a escritores *distintos* del redactor-jefe, mientras que el nombre de éste queda vinculado no sólo al periódico, sino también al propio autor, como ocurrirá más tarde con el seudónimo de "Clarín". Según observa Jean-François Botrel en la Introducción a su excelente colección de *Preludios de "Clarín"* (Oviedo, IDEA, 1973, nota 94), este último, que recuerda también al gracioso de *La vida es sueño*, entonaba muy bien con ese periódico "tan 'musical' como *El Solfeo*", donde firmaría también a veces con los seudónimos de "LA", "Zoilo" y "Zoilito".

(Continúa en la página 26)

(Viene de página 12)

Mas, ¿por qué escogió Leopoldo Alas precisamente el seudónimo de "Juan Ruiz"? Al tratar este tema en su Introducción, Sofía Martín-Gamero señala primero el sitio donde ocurre el cambio de ortografía de "Ruyz" en "Ruiz" (número 26), añadiendo que sigue apareciendo después muy de vez en cuando "algún Ruyz aislado", para pasar luego a la alusión que contiene el número 1 al dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón, a quien piensa ella que probablemente "Alas quiere rendir homenaje al llamar *Juan Ruiz* a su semanario", y rechazar la idea —a primera vista sugestiva— de haberse inspirado Alas en el nombre del Arcipreste de Hita, puesto que no hay en toda la obra "ni un comentario, ni una mención siquiera de la figura del arcipreste". Por mi parte, creo que —al igual que en el caso de "Clarín"—, puede haber en el nombre escogido un intencionado eco literario de ambos escritores, pero que el verdadero secreto del seudónimo se halla en el texto del primer artículo del primer número de *Juan Ruiz*.

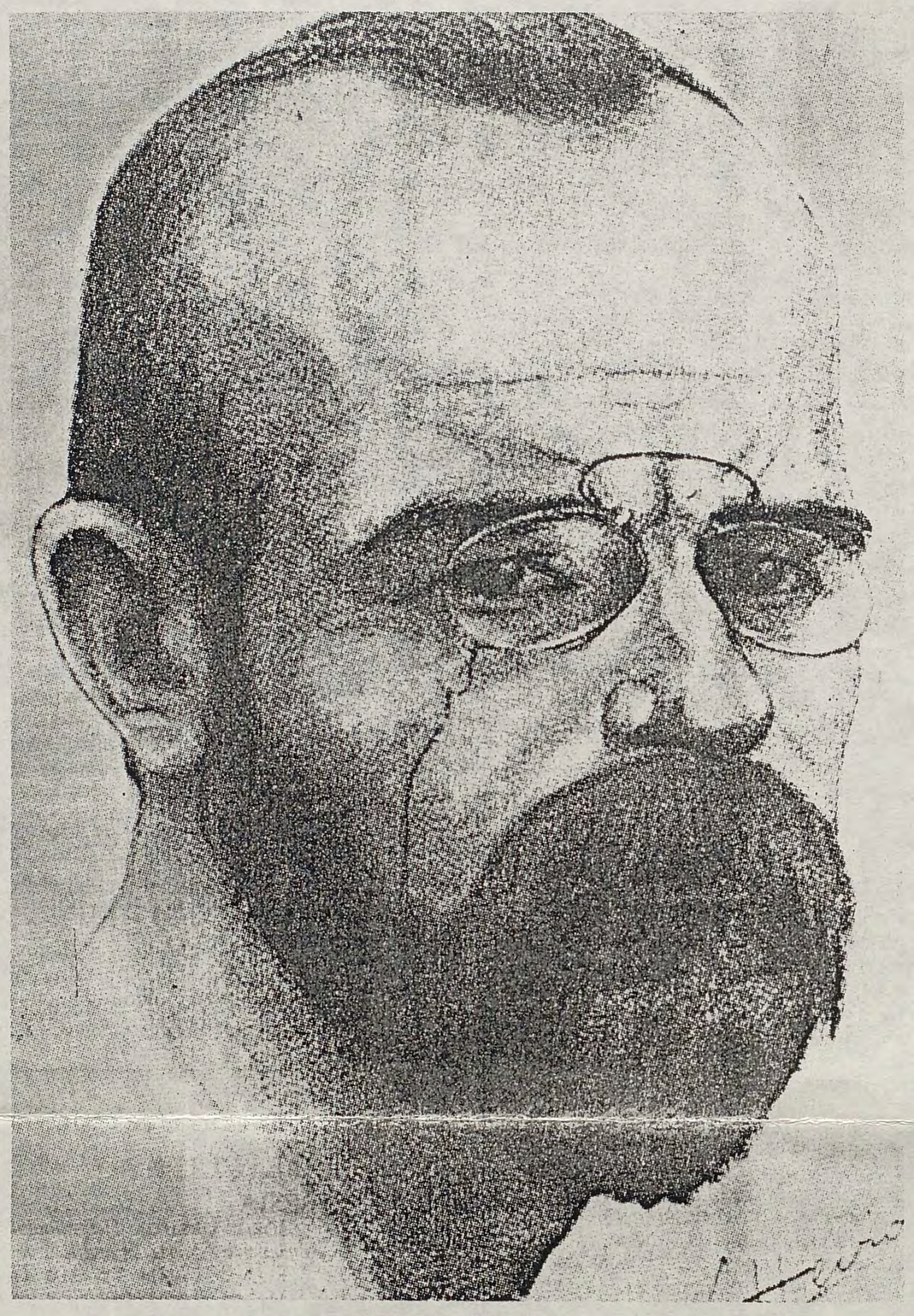
Firmado por Juan Ruyz, se titula *Presente*, y empieza así: "Sí, señores, yo me llamo Juan lo mismo que pudiera llamarme Pedro, Antonio, Nicolás, Andrés y aun pudiera llamarme Andana, que es cuanto un hombre puede llamarse, si a mi padrino se le hubiera puesto en la chola. Esto es un despotismo; ¿por qué el hombre no había de llamarme como se le antojara? Y a buen seguro que si en mí hubiera consistido otro nombre tuviera que algo mejor sonara. ¿Hay cosa peor en este mundo que ser un 'pobre Juan'?" El primer nombre parece haber sido un capricho, pues, de su "padrino", que no es otro sino Leopoldo Alas, quien sin duda lo seleccionó tras haberse decidido por el apellido de su redactor-jefe. El párrafo siguiente comienza con la siguiente autodescripción: "Yo soy estudiante, y no de los peores, no porque yo lo diga, que aquí está Juan Ruyz que no me dejará mentir." ¿Quién habla aquí? Al parecer, el propio Alas, lo cual refuerza la estrecha identificación entre el autor y su principal narrador, identificación que ha querido, sin embargo, disfrazar por medio de un seudónimo escogido por aquél. Al comentar Juan Ruyz, a continuación, la coincidencia de su nombre con el del famoso dramaturgo español, sale con otro brote de indomable autoconfianza: "qué culpa me cabe a mí de que Alarcón se llamase como? En cambio, ¿cuántos Juan Ruyz habrá que valgan..., sí señores, que valgan menos que? Y dado que me llamo así, nada más lógico que dar a mi periódico mi nombre, que así lo hizo Fr. Gerundio y lo hicieron otros, y si ellos no lo hubieran hecho lo hago yo. Veo que todo propietario de cualquier cosa que sea quiere señalarla con su nombre."

Como ejemplo de marca de propiedad, dice Juan Ruiz que en el anca "isquierda [*sic.*] o derecha" de un caballo suyo le planta "un J. y una R.", letras que quizá nos ayuden a averiguar el origen del apellido de Juan. Otra indicación puede encontrarse hacia el final del artículo donde, tras anunciar lo que piensa hacer en su periódico, añade que "no escribirá en mi periódico *Gea-Rusell (esto es algo) y... nada más, no señores, nada más,* porque no quiero prometer mucho no estando seguro de cumplirlo [bastardillas mías]". Pienso que las palabras de esta cita subrayadas por mí admiten una segunda lectura que, como en el caso de las dichas iniciales, sugiere cuál puede haber sido el origen del "Ruyz". Gea-Rusell, nos aclara la editora en una nota, es un anagrama del primer apellido del periodista ovetense César Argüelles Piedra, a quien, como se ve, Alas no admiraba nada. De igual manera se me ocurre a mí que el apellido RUYZ es una especie de anagrama, con lectura inversa, de iniciales y letras encontradas todas —con un cambio de "S" en "Z"— en los apellidos de nuestro escritor: Leopoldo AlaS Y UReña (recuérdese asimismo el uso continuo de las iniciales "L.A.U." al final de las secciones de *Correspondencia*). Lo de la sustitución de "Z" por "S" no sorprenderá a ningún lector de *Juan Ruiz*, pues la ortografía en él es algo caprichosa, muchas veces respondiendo al parecer intencionalmente —quizá en un acto de rebelión adolescente—, a la pronunciación de ciertas palabras ("usté", "obserbación", "agedrez", "Adiós", etcétera). Una idéntica sustitución de "S" por "Z" se puede observar en la antes citada palabra "isquierda", sin ir más lejos. Al explicar sus criterios —inteligentes, añadiría yo— para la edición, doña Sofía dice haber respetado la ortografía original actualizando, "en cambio, la acentuación de las palabras, muy errátil en el original; es interesante señalar —agrega aquí— que Alas no acentúa nunca Ruiz, a pesar de que era una acentuación corriente en la época." Pienso que mi hipótesis explica por qué.

En la sección de ese mismo primer número titulada *Cosas de Juan* encontramos todavía otras indicaciones de que el nombre de Juan Ruyz fue escogido con cuidado. Se trata de un diálogo entre una persona que duda en suscribirse al nuevo periódico y otra —confiada— que resulta ser quien va a transcribir la conversación. "—¿Y cree usted que de veras se llama Juan Ruyz?", pregunta el primero. "—Sí, tal", responde su interlocutor. "—Pues yo no, porque ese nombre me parece rebuscado a pesar de su sencillez. —Y a mí. —pero por otra parte ¿qué interés tenía en engañarnos? —Ninguno." Estas alusiones se aclaran a base de mi hipótesis del anagrama. Un poco más adelante en el mismo diálogo el confiado se despide así: "Usted me dispense, pero tengo que ir a trasladar nuestro diálogo a las columnas de mi periódico. —¿Qué periódico?", pregunta el otro. "*Juan Ruyz*. —¡¡¡Ahaaa!!! Ya lo comprendo. Que sea enhorabuena, amigo Dn... —Silencio, no sea usted indiscreto. Guarde usted el secreto por Dios." El seudónimo de Juan Ruyz podría considerarse, pues, al comienzo, como un reflejo de su creador muchísimo más ligado a él de lo que a primera vista parece.

Carolyn Richmond

Juan Ruiz *al descubierto: Un inédito de Leopoldo Alas*



«Clarín», por Víctor Hevia.

La respuesta de L.A.U. a un supuesto suscritor en *Correspondencia de Juan* al final del número 21 sugiere, sin embargo, que está acariciando la idea de normalizar la ortografía del apellido: "Usted opina que Ruyz se escribe Ruiz y no Ruyz? —pregunta—. Y yo lo contrario." Cinco números después, se decide por el cambio, explicándose en *Cosas de Juan*: "A ustedes les estrañará que yo haya cambiado la y de mi apellido en i. Sigo creyendo que está mejor Ruyz que Ruiz, pero la moda va por el lado contrario y hay que ir con la corriente. De todas maneras, con y o con i yo siempre soy muy buen chico. ¿Verdad que sí?" Lo cierto es que el trueque de "Y" en "I", que aleja el seudónimo de su origen, sugiere que en este punto el narrador Juan Ruiz se ha independizado un poco más de su propio creador. (Algo parecido parece haber pasado en la década siguiente cuando termina descartando el seudónimo "LA" —nota musical e iniciales del autor—, "Zoilo", y "Zoilito", para quedarse definitivamente con el de "Clarín").

Un mundo por descubrir: Vislumbres del Alas maduro

Se ha insistido a lo largo de este trabajo en dos aspectos fundamentales de *Juan Ruiz*: la atrevida originalidad del proyecto total y la cualidad imitativa de gran parte de su contenido. En cuanto brillante despliegue del virtuosismo de un muchacho de dieciséis y diecisiete años, es impresionante; le resta cualquier valor superior, sin embargo, su desigual calidad. Si no fuera porque su precoz autor se llama Leopoldo Alas, este libro tendría hoy día para la crítica un limitadísimo interés. Pero era de Leopoldo Alas, y en esto radica la importancia de *Juan Ruiz*. Es, pues, con referencia al resto de su extensa obra como habrá que estudiarlo. Lo que yo quisiera dejar señalado aquí en términos generales son algunos de los vislumbres más significativas que el texto contiene de lo que será el Alas maduro.

Dicho queda que el autor tomó por modelo la prensa satírica de la época, sobre todo —como apunta Sofía Martín-Gamero—, los semanarios madrileños *Gil Blas* y *El Cascabel*, cuyas noticas, dice la editora, también le servirían a Alas "de base para su propio quehacer periodístico. Las *Cosas de Juan*, por ejemplo —continúa—, pueden perfectamente parangonarse con los *Cabos sueltos* y *Cascabeles* que figuran en sus modelos; los comentarios literarios, las noticias de actualidad, las reseñas de estrenos en teatros de la capital..., hasta las peripecias del emperador Teodoros hacen evidente que Juan Ruiz tenía unos patrones a los que su redactor se ajustaba." Quizá podamos echarle la culpa a esos "patrones" por la cantidad de comentarios aparentemente triviales así como de malas poesías —en su mayoría satíricas y cómicas— que quitan hoy amenidad a la lectura de *Juan Ruiz* (aunque Alas seguiría escribiendo poesía durante bastante años, jamás fue ésta su fuerte). Puede no siempre agradar la forma en que se expresa el joven Leopoldo, mas habrá que analizar con cuidado el fondo de estas malogradas composiciones, junto con los escritos en prosa, para ver lo que contienen, no sólo de la época, sino también del pensamiento individual de su autor, pues, como dice doña Sofía, *Juan Ruiz* "es también un testimoio valiosísimo para interpretar la personalidad política y la evolución ideológica del futuro Clarín". Aquí se encuentran las raíces de la crítica militante y combativa —de la llamada *crítica higiénica*— que empieza a dejar huella en la conciencia nacional a partir de la mitad de la década siguiente. Temas como el ataque a los *neos*, la defensa de ideales republicanos y el regocijo ante la caída de Isabel II —igualmente compartidos por las publicaciones liberales de aquel entonces— serán constantes en la obra de Clarín, cuyo temprano interés por la cultura en todas sus manifestaciones queda establecido asimismo muy firmemente en las páginas de *Juan Ruiz*.

Junto con temas de tipo más bien amplio, se encuentran en él otros más personales, que reflejan ciertas hondas preocupaciones de su autor a la vez que translucen su propia intimidad. Aparecen en *Juan Ruiz* algunos motivos que, quizá por estar relacionados más bien con la adolescencia y juventud, disminuirán o desaparecerán por completo de la obra de Alas a comienzos de la década del ochenta; otros, en cambio, perdurarán en ella a lo largo de su vida. Más de una vez hemos insistido en este estudio sobre el aspecto *secreto* de *Juan Ruiz*: esa sensación de diario en clave, que excluye en mucho al lector ajeno, y más aun al de hoy. Y es que —recordémoslo— fue redactado por Leopoldo Alas principalmente para su propio deleite. A lo largo del libro se perciben, pues, alusiones a experiencias y sentimientos del joven escritor que a veces toman la forma del chiste privado, mientras que otras veces están integradas en poemas u obras de ficción. Cuando, algunos años más tarde, empieza a escribir artículos de crítica para un verdadero público-lector, será con referencias que en aquella época eran ampliamente comprensibles; asimismo las alusiones íntimas se irán incorporando más íntegramente en su obra narrativa. Creo que hoy día la mayor parte de la crítica está de acuerdo en cuanto a la gran unidad que presenta la producción clariniana, unidad basada tanto en el fuerte *yo* del autor como en su *espíritu* y *alma* (véase, por ejemplo, mi reciente edición de *Treinta relatos* de Leopoldo Alas, "Clarín", publicada por Espasa-Calpe en 1983). Dicha unidad está anticipada de un modo aun más evidente, a pesar de su aspecto privado, en el juvenil *Juan Ruiz*.

Una de las características fundamentales de toda la obra de Leopoldo Alas —la dualidad entre crítica y sensitividad, cabeza y corazón (lo que Gonzalo Sobejano llamará "prosa de la vida" y "poesía del corazón")— se encuentra, pues, ya en la confluencia del yo-observador con un espíritu sensible en las páginas de *Juan Ruiz*. Aparte de los antes mencionados temas políticos e ideológicos, uno de los más interesantes de que trata esa voz crítica, irónica, a veces sarcástica, es el del amor y matrimonio (por ejemplo, la mujer tentadora e inconstante y el hombre tímido: la mujer dominadora y el marido débil; la infidelidad y adulterio —por parte, desde luego, de la hembra—); otro es el de la estupidez ajena (como la prensa, la crítica, los profesores, los malos autores de novelas y teatro, el público, los lectores —y lectoras—, sobre todo aquellos que se creen escritores). Pero, al igual que pasará después, estos temas —constantes todos ellos en la obra madura de Leopoldo Alas— pueden ser presentados de manera inversa, con una sensibilidad conmovedora o bien con sentimentalismo. Por contraste con su dura crítica de los neos, para dar sólo un ejemplo, defiende el joven autor la idea de Dios y la religiosidad sincera. También es capaz de tratar con seriedad el amor, la familia, la buena literatura (sobre todo los clásicos), el teatro y la música. Muchas veces determinada pieza contiene una mezcla de tonos —una poesía lírica que termina en un chiste burlón, por ejemplo; o una cita literaria de algún admirado autor, como el repetido "Salid sin duelo lágrimas corriendo" de Garcilaso, en medio de una obrita satírica—, lo cual podría achacarse por lo menos en parte a la edad del autor (las muchas composiciones caracterizadas por una naciente y reprimida sensualidad —también tratada ésta desde un doble enfoque— reflejan, igualmente, su adolescencia, aunque lo cierto es que en esta materia Leopoldo Alas nunca parece haber alcanzado gran madurez...).

Hemos dicho que la importancia de *Juan Ruiz* radica en ser el primer libro de Leopoldo Alas, quien, además de ser el crítico más importante de su época, es considerado hoy como uno de los dos gigantes de la narrativa española del siglo pasado. Aunque esta creación juvenil anticipará toda la obra clariniana posterior, su relación con sus novelas y cuentos es especialmente importante y digna de un estudio detallado, pues en este *periódico* de aprendizaje se encuentran las raíces tanto temáticas como estilísticas de muchas narraciones suyas. Hay croquis, diálogos —uno de ellos "edificante"—, cartas, cuadros, retratos, cuentos —incluso uno "inverosímil" y otro "raro"— inacabados o no... Muchos de estos relatos —los realistas— muestran la influencia del costumbrismo, mientras que otros presentan elementos fantásticos. Lo cierto es que, tras la euforia de la revolución del 1868, Juan Ruiz incluye más literatura y menos política en su periódico, algo que él mismo declara al final del número 40. Coincide con esta decisión la publicación, en tres entregas, del *cuento raro* titulado *El caramelo*, composición acabada cuya técnica narrativa anticipa otras de la madurez.

Para terminar, permítaseme señalar dos puntos específicos de interés para los que no hayan perdido su fascinación por *La Regenta*. El primero se encuentra en el *artículo-fantástico-filosófico-burlesco* titulado *¡Me aburro!*, publicado en el número 22. Está escrito en primera persona por un "Juanito" aburrido a quien una invisible voz procura convencer de que su aburrimiento es el resultado de no pensar en sus semejantes que padecen. "Y en seguida —escribe— me vi sujeto por los brazos por unas manos de yerro que me oprimían sin compasión y que levantándome de la butaca me sacaron por el balcón y empezamos a subir, a subir mucho." Este viaje por el aire, que preludia otras excursiones aéreas en cuentos como *El diablo en Semana Santa* —donde está a su vez el germen de *La Regenta*— y *La noche-mala del diablo*, parece ser el primero que aparece en la obra de Alas. El párrafo que sigue al citado es de gran interés: "Y me fueron mostrando todas las casas de la ciudad pero sin techo, lo mismo que a aquel estudiante del *Diablo Cojuelo*." ¡Cuántas veces al leer la famosa descripción del Magistral en la torre de la catedral, desde donde "paseaba lentamente sus miradas por la ciudad escrudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos", he recordado el comienzo de la novela de Vélez de Guevara! Y me pregunto ahora, tras leer el *Juan Ruiz*, si los orígenes de aquella primera escena de *La Regenta*, cuya relación con *El diablo en Semana Santa* comenté en mi edición de *Treinta relatos* y cuyos ecos del *Fausto* analizo en un artículo de próxima aparición en "Los Cuadernos del Norte" ("Experiencias operáticas en *La Regenta: Il Barbiere di Siviglia* y el *Fausto*), no remontarán también a este primer escrito de Alas... El segundo —y último— punto de referencia es una breve observación que no se les habrá escapado a los que hayan leído ya el *Juan Ruiz*: en las *Cosas de Juan* del número 42, al comentar el "término feliz" de los sucesos de Cádiz, de que "unos y otros" tenían la culpa, termina el autor diciendo: "Yo estoy convencido de que eso es lo que pasa siempre", a lo que añade, como cada: "Somos frígilis."